

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

...de la cultura... el espíritu del hombre... la unidad esencial de la cultura...

...de la cultura... el espíritu del hombre... la unidad esencial de la cultura...

...de la cultura... el espíritu del hombre... la unidad esencial de la cultura...

SERVIR O DESTRUIR AL HOMBRE

DR. OSCAR HASPERUE BECERRA

Director de la Casa de la Cultura Americana, A. C. Acapulco, Gro.

EL MATERIALISMO ATEO

HEMOS RESERVADO este capítulo final para examinar un poco más detenidamente dos fases del grave problema que constituye el objeto del presente trabajo, reconociendo que de todos modos el examen resultará desproporcionadamente somero en relación con la magnitud y complejidad del asunto: lo referente a la respuesta correcta que ha de darse a la pregunta acerca del "para qué" de la ciencia y la técnica, y la que versa sobre la aplicación de esa respuesta a la temática americana.

En páginas anteriores tuvimos oportunidad de señalar la actitud que con sujeción a la mentalidad materialista y antes imperante en la cultura de nuestro tiempo, han asumido la ciencia y su hija la técnica científica frente a la cuestión de su propia finalidad. Tal actitud puede resumirse en una total prescindencia o neutralidad relativamente a objetivos y valores que para aquella mentalidad serían metacientíficos o metatécnicos. Circunscritas al ámbito rigurosamente delimitado del "cómo", o sea, del modo o manera en que han de cultivar sus territorios específicos en la búsqueda de la verdad y el uso de sus resultados, no deben interesarse ni consecuentemente entremeterse en territorios extraños, ni permitir tampoco que desde éstos les sean impuestos, ni siquiera indicados, los fundamentos que hacen al "porqué" ni las finalidades que hacen al "para qué" de tu tarea peculiar. También tuvimos ocasión de rechazar rotundamente esa postura contraria a la unidad esencial de la cultura, al espíritu del hombre, por considerarla anticultural, antiespiritual, en definitiva, antihumana, radicalmente opuesta a la concep-

ción del hombre integral que inspira la cosmovisión del mundo, de la vida y del hombre mismo que la Homocracia ha hecho suya para aplicarla al campo político en su más amplio sentido.

Sin repetir ahora lo dicho precedentemente, hemos de puntualizar ciertas consecuencias que se desprenden de aquella actitud, ardorosamente sostenida, difundida y finalmente impuesta por naturalistas, mecanicistas, positivistas y cuantos más se han empeñado y continúan empeñándose en mantener alejadas a la ciencia y la técnica de la razón de ser de la cultura, razón de ser que le define y que dejamos debidamente esclarecida en el capítulo II, y asimismo apartadas de la concepción del hombre integral, única que ilumine esa misma razón de ser y también la esencia del hombre, su paso por la vida y su existencia en el mundo.

Al hablar del mundo nos referimos al mundo total, unitario y comprensivo del mundo físico existente al producirse la aparición del hombre sobre la corteza terrestre y coexistente con él a partir de esa aparición suya, y del mundo espiritual surgido al nacer el hombre y constitutivo de la etapa superior conocida hasta hoy de la evolución del cosmos; el primero, creado por el Creador e incrementado luego por la obra del hombre a través de la ciencia y la técnica científica que operan sobre la materia, combinando y transformando los elementos dados en la naturaleza física y aun produciendo otros nuevos; el segundo, creado por la criatura humana en las esferas de la religión, la filosofía, la ciencia, el arte, el lenguaje, la técnica, la costumbre y demás creaciones que lo componen. Más todavía: al hablar del mundo físico no nos limitamos a la Tierra, a nuestro planeta, donde mora el hombre, puesto que a estas alturas sería insensato descartar, antes bien es preciso admitir la hipótesis posible, por no decir probable, del establecimiento de nueva morada humana en el espacio sideral. En mayo de 1974 *The New York Times* informaba que físicos, astronautas y técnicos en vuelos espaciales se habían reunido en la Universidad de Princeton para estudiar la conveniencia y posibilidad de establecer colonias humanas autosuficientes en el espacio. Tal vez se trate de una versión futura del Arca de Noé ante la amenaza de muerte prácticamente total de la humanidad y destrucción del globo terráqueo.

La primera consecuencia que salta a la vista es la minoración a que son sometidas la ciencia y la técnica científica por efecto de la estrechez del ámbito que les es atribuido. El amplísimo e ilimitado horizonte que el hombre les asignó al crearlas —conocimiento de las particularidades del ser y uso benéfico de ese conocimiento—, sin más coartación que la resultante del hecho de tener que ceñirse a aspectos parciales del ente

y, por lo tanto, a bussar la verdad de esas porciones o trozos de realidad sin aspirar al conocimiento del todo, es reducido a mera cuestión de procedimiento, de método, es decir a asunto puramente formal. No otra cosa significa hacer algo con orden, por importante que sea el método, importancia por lo demás debidamente reconocido tanto por la filosofía como por la ciencia y la técnica mismas al crear para sus propios quehaceres una ciencia especial, la metodología. “A causa de su interés por el procedimiento —anota J. S. Ackerman— la ‘scientia’ actual ha exaltado al técnico.” En otras palabras, lo sustantivo consistente en la búsqueda del conocimiento particular y su uso benefactor de la vida y el destino del hombre, es convertido por la concepción materialista y atea en tema adjetivo. Lo adjetivo dice relación a una cualidad o accidente, en tanto lo sustantivo refiérase a la existencia real y efectiva de ese algo que es objeto de la búsqueda científica. De este modo, la ciencia y la técnica científica pierden relación con la sustancia del ente y con la esencia de la cultura, con el espíritu del hombre que comunica esa esencia suya a sus creaciones, y quedan disminuidas y mudadas en simple modo o manera de hacer.

A esta grave reducción viene a agregarse otra que la torna más grave aún: la que resulta de reconocer como científico solamente un determinado modo o procedimiento de investigación y descartar todos los otros modos. Al adueñarse arbitrariamente de la esfera científico-técnica, la mentalidad materialista y atea la restringió al campo de la materia e impuso como único método científicamente válido el propio de las ciencias de ese campo.

Al obrar de esa manera, la mentalidad materialista y atea actuó con inteligencia y coherencia: con inteligencia sutil en la concepción y la programación de sus propósitos, y con coherencia de criterio y comportamiento en la consecución de esos mismos propósitos.

Apoyándose en la dicotomía cartesiana objeto-sujeto y en la naturaleza material y mecanicista de su concepción que determinó el menosprecio del lado interior de la experiencia, comenzó reduciendo la ilimitada esfera científico-técnica al sector que trata de la materia y consecuentemente de los bienes materiales, eliminando cuanto pudiera relacionarla directa o indirectamente con el espíritu del hombre. Morison atribuye al propio Descartes la paternidad de la tendencia moderna a situar al hombre en una posición periférica, casi accidental, dentro del plan general de las cosas. Concentró, pues, exclusivamente su atención en el cultivo de ese sector y en la producción de satisfactores de las necesidades corpóreas del ser humano, desvinculando a la ciencia y la técnica del Creador del mundo y del hombre y de los campos fundamentalmente espirituales de la cultura: religión, filosofía,

mito, magia, arte, otras ciencias, etc. El consejo de Hume, que recordamos antes, fue para esa mentalidad la bendición del diablo: a las llamas debía arrojarse cualquier tratado que versara sobre la divinidad o la metafísica.

Cumplido ese primer paso, resueltamente dio el segundo: imponer como exclusivo procedimiento de validez científica el de las ciencias de la materia y de la técnica de producción de bienes materiales, alejando todo otro modo de investigación que pudiera poner en peligro el privilegio del único reconocido y erigido en hegemónico, no fuera a ocurrir que por descuido o imprevisión se colase por cualquier intersticio de forma o manera y so pretexto de colaboración o integración, alguna de las influencias consideradas enemigas, comprometiendo los bien definidos designios seleccionados e instituidos por la mentalidad materialista y atea.

El problema es más grave de lo que pudiera pensarse en una primera aproximación a sus términos. El problema es gravísimo por estas dos razones. La primera consiste en que su gravedad es disimulada bajo la apariencia inocente e inocua de su planteamiento y este descubrimiento es, precisamente, el que motiva y favorece la opinión que la mayoría de la gente tiene de su verdadera naturaleza y de su real importancia. La neutralidad de la ciencia fue presentada como condición "sine qua non" de su pureza, algo así como el indispensable cinturón de castidad que preservara su virginidad ante la lascivia del dogma y los intereses espurios del pensamiento y la vida. "La ciencia desinteresada o 'libre de valores', como la designó Max Weber, se convirtió en la idea y el ideal (...) la ciencia 'libre-de-valores' era el único refugio para las personas con intereses puramente intelectuales" (Weil).

Interpretando esta famosa tesis de la independencia de la ciencia respecto de los valores (Wertfreiheit) de Weber, Parsons nos tranquiliza diciéndonos que no significa, como muchos han pensado equivocadamente que el científico o el estudioso debe hacer abstracción de todo valor, sino en su trabajo profesional ha de gozar de libertad para anteponer los valores de la disciplina que cultiva "a todos los demás". "Sólo sobre esta base es posible institucionalizar la ciencia y el saber." Más tajantemente, pero con el mismo ánimo tranquilizador, el profesor Wilson, que fuera Presidente de Estados Unidos, expresaba: "Si veo que un individuo con instintos asesinos afila cuidadosamente un cuchillo, puedo copiar su forma de afilar el cuchillo sin copiar su probable intención de utilizarlo para cometer un asesinato".

Planteado el asunto en esta forma, natural será que para la gente se

trate simplemente de una diversidad de pareceres entre los sostenedores de la tesis tradicional y la tesis moderna en torno de la dependencia o independencia de la ciencia y la técnica respecto de los fines extracientíficos y extratécnicos o, más rigurosamente, de lo que ha de entenderse por ciencia y por técnica científica; en última instancia, de una mera cuestión de procedimiento, consistente en la elección del método con que una y otra han de operar a fin de que sus actividades sean realmente científicas y técnicas. Bajo cualquiera de esas tres perspectivas, la gente hubo de concluir que la cosa era del interés y la competencia de científicos y técnicos. "En definitiva, todo se reduce a la manera de obrar en un campo que no es el nuestro sino de los especialistas. Ellos son los que saben. Nosotros no sabemos nada de eso. Por lo demás, no nos preocupemos tanto. No es asunto de vida o muerte. Los científicos y técnicos no son asesinos que vayan a utilizar el cuchillo afilado para cometer un asesinato. Dejemos que los científicos se arreglen entre sí." Poco más o menos, tal es el modo de pensar de la gente, necesitada de sosiego en medio de tanto motivo de desasosiego.

Tranquilizado el ánimo de la gente y predispuesto a favor de la tesis moderna frente a la tradicional, por aquello de que lo nuevo siempre despierta mayor atracción que lo viejo y de que resulta más seductora y simpática la bandera de la independencia que la de la dependencia o subordinación, fue quedando en la penumbra la segunda razón, hasta que el estallido de las dos primeras bombas atómicas vino inesperadamente a sacarlo a plena luz. Esa segunda razón, primerísima en orden de importancia, determina la gravedad suprema de la cuestión. Consiste en que la inteligencia y la coherencia del planteamiento materialista han colocado al hombre, a la humanidad, al borde de su total destrucción. Nadie podría decir hoy ante la realidad mundial que esto no es verdad. El título de este trabajo traduce el inminente peligro. No es, pues, ni exagerado ni caprichoso. Corresponde a la siniestra realidad en que vivimos. Nos disgusta sobremanera ser vehículos de premoniciones catastróficas, mas incurriríamos en inconsciencia inexcusable y en criminal complicidad si dejáramos de advertir y denunciar la catástrofe ante la concreta inminencia del riesgo al que la realidad nos ha conducido a todos. Preferimos pecar de exagerados, aunque en el caso estamos seguros de no caer en exceso, a pecar de inconscientes y cómplices como lo hace la mayor parte de la gente, incluida buena cantidad de científicos y expertos, que por no detenerse a reflexionar seriamente sobre las causas de la crisis que padece el mundo se resigna a ellas como algo inevitable, o ingenuamente piensa que el propio materialismo ateo nos librará de la amenaza con algún nuevo prodigio de su ingenio omnipotente. He-

mos puesto la vida al servicio del hombre y su perfeccionamiento y no cejaremos en la única empresa realmente vital de nuestra existencia. Ni retrocederemos ni flaquearemos ni mucho menos transigiremos, aunque hayamos de seguir predicando en el desierto de la incompreensión, la indiferencia o la soledad. Aparte de ansiar apasionadamente creer en Dios —en quien, por carecer de la gracia, creemos con flaqueza—, tenemos fe en la causa del hombre, para nosotros la única digna de ser vivida y servida. Todas las demás que el hombre ha ido inventando a lo largo del tiempo o puede inventar en el futuro, son secundarias, subalternas y hasta indignas cuando son antepuestas al hombre mismo.

Avanzando en nuestra denuncia, es llegado el momento de abandonar la expresión en cierta manera eufemística de “materialismo ateo” con que hasta aquí nos hemos referido a la mentalidad y los intereses que gobiernan el mundo, la vida de los seres humanos y consiguientemente la cultura en general y cada una de sus esferas en particular, entre éstas la científico-técnica, sin exceptuar la religión misma en la medida en que sobrevive en ella el fariseísmo.

La mentalidad materialista y atea no es solamente un fluido, una atmosfera espiritual —sin que haya en ello contradicción de términos— que rodea la tierra y respiran los humanos; es también y fundamentalmente un espíritu —lo que prueba la inexistencia de semejante contradicción— que ha encarnado en la mayoría de ellos, dominando sus pensamientos, sus cada vez más debilitados sentimientos y sobre todo su comportamiento, sus actos. La humanidad la obedece, la mayor parte en forma irracional, inconsciente; mas la parte menor lo hace en forma lúcida, deliberada y resuelta. Aquélla constituye la gran masa, la carne de cañón no sólo en la guerra, sino también en la paz, en el trabajo, en la alienación, en la diversión, en el consumo. Son los “idiotas útiles” del marxismo-leninismo y del capitalismo, a los que se han sumado las masas del tercer mundo, a quienes hay que hacer cada día más idiotas, más inconscientes, más irracionales mediante la enseñanza que instruye y no forma, pero deforma, los medios de información llamados ahora de comunicación (cine, televisión, radio, diarios, revistas, historietas, etc.), y las estructuras políticas, económicas, las denominadas sociales (que comprenden a las dos anteriores), las ciencias del lavado del cerebro y las técnicas que los esclavizarán a las necesidades materiales artificialmente inventadas para someterlos; y hay que hacer asimismo cada día más útiles, más eficientes, más sumisos y mejor organizados para la producción y el consumo de satisfactores, no digamos aquí bienes, de esas mismas necesidades, que no dejan lugar a las verdaderas del hombre como ser espiritual y corpóreo, o sea, como ser creado para ser

hombre y para que un día, a través del cultivo de esa condición, llegue a ser persona humana.

El ideal del materialismo ateo, que en este sentido es también idealista pues actúa en consecución de su propio ideal, el propósito premeditado de su programa es hacer de la humanidad entera —con la única excepción de las minorías dirigentes que lo llevan a cabo— una gran masa subhumana de idiotas útiles y obedientes a la que pueda ordenarse, sin riesgo de desacatos o rebeldía, lo que ha de producir y lo que ha de consumir, lo que deba pensar, lo que deba querer y lo que deba hacer. El ideal y propósito del materialismo ateo es convertir al ser humano —ser que para esa mentalidad es humano por la exclusiva razón de no ser mineral, ni vegetal, ni animal, o tal vez, por no ser sino la síntesis de esos tres seres de la naturaleza física— en una especie domesticada del último, un animal perfectamente enseñado y condicionado como se enseña y condiciona una foca, un león o un elefante de circo. El ideal o propósito del materialismo ateo es degradar al hombre, deponerlo en su condición humana, cuidando de que no advierta el envilecimiento y la humillación a que ha sido condenado.

Para evitar que en algún momento de lucidez pueda llegar a advertirlo y reaccionar rompiendo la cadena que lo ata a su infrahumanidad, se le llenan todas las horas del día, todos los días de la semana, todas las semanas del mes y del año, tanto de su trabajo embrutecedor cuanto de su tiempo libre, con estupideces que completan, perfeccionan y garantizan su embrutecimiento: chucherías, distracciones propias de niños, placeres propios de las bestias, informaciones apropiadas a los retardados mentales, al modo que Colón cambió abalorios por el oro de los indios. La humanidad es despojada del oro de su condición humana a cambio de las modernas cuentecillas de vidrio. Complementando el asesinato del hombre en vida, el antibiótico Puromycin que se fabrica en la Unión Soviética y Estados Unidos anula la memoria del pasado lejano y con ella gran parte del fundamento básico de la personalidad. De allí que haya sido llamada droga de la antibiografía o de la antipersonalidad. Al olvidar de dónde viene el hombre, lo que significa desmemoriarse del “porqué” de su existencia, ya no le será posible saber adónde va, esto es, determinar el “para qué” de su vida. Sólo le quedará el “cómo” vivir, y esto será exactamente lo que le fijarán las minorías dirigentes.

La degradación del hombre de su condición humana equivale a su destrucción como tal. De esta suerte queda simultánea y definitivamente aventada toda posibilidad de que el hombre pueda alcanzar un día la dignidad de persona.

Como se ve, el proceso de degradación impuesto por el materialismo ateo o mejor dicho por las minorías que lo usufructúan, es, además de inteligente y coherente, totalmente inverso al querido por el Creador. Éste creó al hombre con barro, que es manera de decir con materia, con la misma materia de que estaban hechos el mineral, el vegetal y el animal, insuflándole espíritu para distinguirlo de los demás seres de la Creación. Que esto haya ocurrido en un momento o en miles de millones de años a través de la evolución cósmica, no es esencial. Lo que sí es esencial para la comprensión de esta concepción del universo, es que por el espíritu el ser humano había de elevarse a la condición de hombre y desde ella ascender a la dignidad de persona humana, o sea, de centro consciente, responsable, autónomo, de pensamiento, emoción y obra. Éste y no otro debió ser el sentido de la creación del hombre "a imagen y semejanza" de Dios. Bien puede verse que se trata de un proceso ascendente, de un proceso de perfeccionamiento y personalización: de perfeccionamiento para llegar a ser persona y de personalización para perfeccionarse a sí mismo y perfeccionar y embellecer —modo especial de perfeccionar— la obra del Creador y la suya propia, la obra humana.

El proceso del materialismo ateo lleva dirección absolutamente contraria: impedir que el ser humano como hombre particular y la humanidad como hombre conjunto en su totalidad lleguen a ser personas —persona particular, persona familiar, persona institucional, persona popular, persona continental, persona universal—, rebajando al ser humano de su calidad de hombre cuando la hubiere alcanzado, a la condición de masas en la que vegeta la mayor parte, manteniéndolo en este último estado que es el que menos se parece al hombre y más se parece a una cosa. Es el proceso de cosificación del ser humano, el proceso de deshumanización, el proceso que conduce a la destrucción del hombre. El proceso de destrucción del hombre es el proceso contrario al de su creación y, por consiguiente, el de su posible perfeccionamiento como ser creado a imagen y semejanza del Creador.

Dijimos que era llegada la hora de apartarnos del lenguaje eufemístico contenido en la expresión "materialismo ateo" y de señalar su encarnación en el hombre contemporáneo.

Estamos sobre la tierra y entre vivientes. El espíritu del materialismo ateo no reina sin duda en el mundo como fenómeno de la naturaleza física sino como hecho de la naturaleza humana. Para que esto sea posible en términos de realidad concreta y tangible, el hecho espiritual ha de estar encarnado. Requiere seres humanos que lo programen y lo promuevan. Es un fenómeno de hombres entre hombres. El materialismo ateo no opera sino

a través de hombres materialistas y ateos. Como todo hecho o fenómeno cultural ha sido creado por el hombre y habría perdido vigencia y desaparecido en las sombras del pasado para convertirse en hecho histórico al no encontrar a otros hombres vivientes que lo alienten, lo alimenten y lo propaguen. Si hoy es una característica de la cultura mundial es porque la mayoría de cuantos pertenecen a esa cultura lo han incorporado a su vida. Caso contrario solamente caracterizaría a los integrantes de una cultura particular, no a la cultural universal. Así fue ayer al caracterizar al hombre fástico de Occidente frente al hombre espiritualista del Oriente. Pero no ocurre del mismo modo en la actualidad. Los hasta ayer espiritualistas orientales no son hoy menos materialistas y ateos que los occidentales. Las grandes masas del planeta entero constituyen la encarnación contemporánea de la mentalidad materialista y atea en su forma pasiva. Mas el modo pasivo de la encarnación del espíritu del materialismo ateo en las masas de la humanidad del presente, difiere del modo activo que distingue a su minoría dirigente. Ésta constituye la reducida parte consciente, premeditada y alevosa, que sabe bien de qué se trata y aprovecha este saber. Tan lo sabe bien, que programa cuidadosamente sus objetivos y el modo de lograrlos. Conoce el porqué, el para qué y el cómo de sus designios. Es la minoría compuesta de gobernantes y políticos corruptos y perversos, de sacerdotes sensualizados, de fabricantes de armas, drogas y abalorios, de industriales, comerciantes y profesionales metalizados, de científicos sobornados, de técnicos y tecnócratas ambiciosos y soberbios, de terratenientes —todavía existe esta especie antediluviana cuya sola existencia determina su incorporación a la minoría destructora sin necesidad de calificación—, de líderes sindicales y aburguesados y traidores, de burócratas despóticos, de militares mandones, de policías torturadores, de escritores de la desmoralización, la pornografía y la violencia, de intermediarios voraces, de periodistas del escándalo y el sensacionalismo, de cuantos, en fin, dejaron de venerar a Dios y servir al hombre para venerar al dinero, el poder, el sexo o el interés creado y despreciar al prójimo. Es la casa de los servidores del mal en la tierra, los émulos del ángel de tinieblas.

Aunque para muchos, para la gran mayoría de esa inmensa mayoría de mortales suene a conseja, a oscurantismo, a superstición, el mundo se debate en una gigantesca lucha entre el bien y el mal, entre las fuerzas al servicio del hombre y las fuerzas que lo vienen destruyendo. La minoría materialista y atea que gobierna el mundo y la humanidad para provecho propio —ninguno de sus integrantes actúa desinteresadamente— y daño de la humanidad misma, representa el espíritu del mal.

Destruir al hombre no consiste únicamente en matarlo físicamente en la

guerra, la guerrilla, el atentado terrorista o la tortura. Existen otros mil modos de destruirlo en vida, sea envenenándole el alma, sea arrebatándole la alegría de vivir, sea derrocando sus esperanzas, sea sembrando odio en su corazón, sea cultivando su vanidad, su egoísmo, su menosprecio del semejante, sea movilizándolo para amoralizarlo primero y después inmoralizarlo, sea convenciéndole de su definitiva impotencia para combatir el mal que se ha enseñoreado del mundo. Esta postrera es la más sutil y ponzoñosa manera de destruirlo. Cuando el último hombre haya sido ganado por esa convicción, cuando el último ser humano haya renunciado a luchar por su condición humana en medio de una humanidad convertida en manada de rinocerontes como en la pieza de Ionesco, las fuerzas del bien, las que aún en este sucio ocaso universal quisieran continuar la lucha a favor del hombre, habrán quedado definitivamente derrotadas y el mal habrá asegurado su imperio inmovible y perdurable sobre la faz del planeta.

Hacia esa meta se encamina aceleradamente la humanidad. Pareciera que nada ni nadie fuera capaz de impedir que se despeñe al llegar a ella. La alternativa que ofrece el materialismo ateo estriba en un error que hiciera estallar la tierra en mil millones de pedazos antes de alcanzar aquella meta. Armas nucleares con una fuerza explosiva equivalente a diez toneladas TNT por cada humano viviente, según George Wald, profesor de biología en Harvard, lo que significa unos cuarenta mil millones de toneladas de dinamita o, lo que es lo mismo, unos cuarenta billones de kilos de dinamita, no parecen insuficientes para devolver nuestro planeta en partículas al espacio donde se formó como astro del sistema solar al que pertenecemos. Tal es el cálculo del potencial destructor acumulado en la actualidad. Infiérase el que será dentro de diez, veinte o cincuenta años de perfeccionamiento de semejante poder de destrucción.

Japón, que sufrió el primer bombardeo atómico, eleva en un ciento por ciento su presupuesto de defensa, estimado en quince mil millones de dólares para su cuarto programa quinquenal. Lord Carrington, Ministro de Defensa de Gran Bretaña, anuncia el establecimiento de una fuerza nuclear aliada con armamento francés e inglés. Al alcanzar la Unión Soviética el nivel de Estados Unidos en materia de cohetes intercontinentales con ojivas atómicas múltiples, el Secretario de Defensa de Estados Unidos se ve obligado a decir: "Ahora quedan lamentablemente reducidas las posibilidades de un acuerdo sobre tales armamentos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética". Para restablecer tales posibilidades, el presidente Nixon no hallará mejor fórmula que la de hacer a su país militarmente omnipotente, puesto que "estar preparados para la guerra es uno de los medios más efectivos para preservar la paz". Cuarenta años antes Adolfo Hitler tenía dicho algo extraña-

mente parecido. Naturalmente Nixon se refería a cierta paz, no a la paz; en la que Estados Unidos conserve la mayor fuerza bélica y a su amparo continúe imponiendo su dominio sobre el mundo, pacífica concepción que no parece convencer a los dirigentes soviéticos ni a los conductores chinos ni tampoco conformar al resto del mundo. India hace estallar su primera bomba atómica y se escuda alegando que solamente costó 200,000 dólares, cantidad con la que pudo dar satisfacción al desafío que experimentaron sus científicos en medio de la muerte por hambre de millares y millares de compatriotas de esos mismos científicos y del político que alegó dicha razón. Israel, aparte de poseer bombas atómicas, inventa el cohete Libélula que busca rayos infrarrojos que emiten las cámaras de combustión de los reactores y cuesta únicamente 19,000 dólares, suma al alcance de cualquier grupo de guerrilleros secuestradores, en tanto el columnista Murlo Melo avisa que Brasil tendrá su propia bomba atómica "antes de lo que se esperaba", aviso que estimula a un legislador argentino a proponer que su país, que es el nuestro, también fabrique la suya.

Entre tanto, el canciller salvadoreño se opone a principios de 1974 a la propuesta peruana de congelar las compras de armamentos en América Latina, considerando que ello constituiría "una ingerencia en la soberanía de los Estados", soberanía jamás invocada por ningún país para oponerse a recibir del exterior dólares, alimentos, medicinas u otras formas de ayuda en caso de necesidad, sobre todo en los de desastre o catástrofe nacional. El embajador de México ante las Naciones Unidas hace saber que en 1962 se despilfarró en el mundo en gastos militares la fabulosa suma de 120 mil millones, sustrayéndose así un 70% más de los recursos que debieron aplicarse al desarrollo de los pueblos.

Las estadísticas revelaron que entre 1961 y 1971 los 120 países considerados económicamente más importantes habían gastado en compras de armamentos y establecimiento de sistemas militares la suma de 22 billones de dólares, mientras en 1970 el mundo había destinado a la salud pública 80 mil millones de dólares, suma equivalente al 40% de los 200 mil millones gastados en armas y sistemas militares, correspondiendo de esta última cantidad el 14% a los países "en vías de desarrollo". Esos mismos países recibieron 3.30 dólares por habitante en concepto de ayuda económica del exterior (nadie alegó ingerencia en la soberanía de los Estados) y gastaron tres veces más —10 dólares por habitante— en sus programas militares (*Excelsior*, octubre 28 de 1972). Con agresiva razón el Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim expresó al inaugurar en abril de 1974 la conferencia sobre materias primas y desarrollo que duraría tres semanas, refiriéndose a los dos problemas más graves que encara la humanidad

de hoy, que en ese lapso nacerían 4 millones de seres humanos y las naciones poderosas gastarían 14 mil millones de dólares en armamentos. Omitió el primer problema en gravedad: que en esas tres semanas morirían de hambre 30 mil seres humanos.

Tales monstruosidades vienen a confirmar las consecuencias nefastas de la reducción de la esfera científico-técnica al ámbito de la materia y su rígida neutralidad. Semejantes reducciones y prescindencia no fueron concebidas ni establecidas por los dirigentes del materialismo ateo, como acaba de verse, en vista de efectos puramente teóricos, asépticamente científicos, sino con el propósito de gobernar el mundo a través de la ciencia y la técnica científica así reducidas y desconectadas. La inteligencia y la coherencia de la maniobra resultan patentes: impotente el campo de la materia para dar respuesta a las dos cuestiones de mayor importancia para la humanidad —las cuestiones del “porqué” y el “para qué”— los dirigentes del materialismo ateo estaban en condiciones de atribuirles, sin el menor obstáculo, sus propios porqué y para qué, unificados en un solo y definido ideal: la dominación del mundo.

Tanto para alcanzar ese objetivo como para mantenerlo, es de estricta necesidad evitar interferencias de los restantes ámbitos de la esfera y las otras esferas culturales. A la atención de este requisito se consagrarán los dirigentes del materialismo ateo con toda la fuerza de sus intereses mucho más que con la firmeza de sus supuestas convicciones ideológicas.

La concepción fundamental de Marx se articula sobre los intereses materiales de índole básicamente económica y sentido utilitario. A la dialéctica de esos intereses, Marx sumó la lucha de clases como elemento definidor de dicha dialéctica. Los marxistas-leninistas que a partir de la revolución roja de octubre de 1917 encabezan el materialismo ateo en lo que hoy se denomina el “segundo mundo” y que tal como se desarrollan los acontecimientos políticos van camino de ocupar el primer lugar, no se conforman con el ateísmo nominal resultante de una actividad pasiva o tibia. Exigirán el mayor fervor combativo. La revista soviética *Ciencia y Religión* de mediados de 1972 difundió estas desaprensivas afirmaciones: “No podremos desempeñar nuestra tarea primordial, que consiste en preparar a los jóvenes a participar de modo activo en la construcción del comunismo, si no llevamos a cabo con inteligencia (repárese en el uso preciso y oportuno de la palabra inteligencia que ello entraña) y activamente la lucha contra la concepción religiosa del mundo”. A confesión de parte, relevo de prueba. Más aún: “Un hombre puede muy bien no creer en Dios sin tener por ello profundas convicciones ateas”. La confesión es clara, precisa y concordante.

Reúne todos los requisitos procesales para constituir plena prueba. No basta no creer en Dios. Es absoluto necesario creer en el anti-Dios. En términos cristianos, no es suficiente haber dejado de creer en Cristo; es forzoso creer en el anticristo. Según la tradición cristiana, el anticristo es el hombre diabólico y perverso que aparecerá en la Iglesia de Cristo y sus fieles. Poco antes de aquella confesión soviética, una encuesta organizada por la cátedra de ateísmo del Instituto Pedagógico de Kiev había revelado que solamente uno de cada cuatro jóvenes interrogados se consideraba ateo activo; los otros tres se manifestaron más o menos indiferentes ante la cuestión de la religión.

Tienen razón los dirigentes soviéticos: no podrán dominar el mundo mientras no hayan dominado la mente y el corazón del hombre, sobre todo de la juventud, empezando por la propia, sin descuidar la ateización del resto de la humanidad. Para lograrlo es preciso aniquilar todo vestigio de religiosidad, la que comprende desde la fe en la existencia de Dios hasta la creencia —se lee en la revista citada— en una “causa última del origen del universo”.

Inteligentes y coherentes, los dirigentes soviéticos no admiten otra causa del universo que la materia. En consecuencia, la ciencia de la materia será la llamada a explicarla. Mas como la ciencia de la materia no puede proporcionar explicación alguna acerca del origen del universo, que sea algo más que una teoría o una hipótesis, los dirigentes marxistas le atribuirán su propia explicación del “porqué” fueron creados el mundo, la vida y el hombre. Inteligentes y coherentes, pondrán especial empeño en ateizar junto a la juventud, a sus fuerzas militares, brazo armado de la guerra santa contra el teísmo. Todos recordamos las famosas instrucciones que en ese sentido les impartieron hace algunos años.

En el mundo capitalista, llamado el “primer mundo” por los materialistas del sector no comunizado, el proceso de ateización es proseguido con no menor inteligencia y coherencia por otra vías que llevan a la misma meta. La línea material y utilitaria venía tendida de mucho tiempo atrás. Un párrafo de D. K. Price lo clarifica:

“Las similitudes afloran con particular nitidez si se parangonan los fines de la Royal Society, fundada por los discípulos de Bacon en 1660, con los de la Sociedad Filosófica Norteamericana fundada en 1763 por Benjamín Franklin. Los objetivos de la sociedad norteamericana que daron expresados en ‘A Proposal for Promoving Useful Knowledge’ (una propuesta para promover el conocimiento útil de Franklin, que

“hacia hincapié en ‘Experimentos que proyectan luz sobre la naturaleza de las cosas, tienden a aumentar el poder del hombre sobre la materia y, multiplican las comodidades o placeres de la vida’. Este plan compartía el espíritu de los designios anteriores de la Royal Society, tal como Robert Hooke los había definido en 1663. Pretendía evitar la filosofía dogmática, o ‘la explicación de toda clase de fenómenos cuya producción debe atribuirse a causas originales (mientras no sean explicadas por el calor, el frío, el peso, la forma y demás causas análogas, como efectos producidos por ellos)’; y ocuparse de manufacturas, prácticas mecánicas, motores e invenciones mediante experimentos.”

La filosofía de Franklin no fue otra cosa que la antifilosofía del materialismo. Nada de causas originales que no sean las de la materia. Lo importante será el conocimiento de la naturaleza de las cosas. El hombre sólo será tenido en cuenta a los fines del aumento de su poder sobre la materia para lograr mayores comodidades y placeres. Dios y el hombre espiritual serán arrojados a las llamas. La nueva inquisición del materialismo ateo cobraba sus más grandes víctimas, las primeras y principales. Solamente quedaría con vida el semihombre productor y consumidor de manufacturas, creador de técnicas mecánicas y de motores. El monstruo ideado por el científico Frankenstein llamará “esclavo” a su creador, a quien dirá: “Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo... ¡Obedece!”. Tiempo después los robots de Capek gobernarían el mundo.

En Rusia funcionan cátedras de ateísmo, pero en el mundo no comunicado son escasos los países en los que funcionan cátedras de religión o cristianismo en sus establecimientos estatales de enseñanza, gran parte de ellos bajo regímenes dictatoriales que niegan la libertad espiritual que es el sustento de la religiosidad. Otros dioses ocupan el lugar de Dios. En la nueva mitología destacan el dinero, dios del lucro, y la máquina, dios del poder. Ambos caracterizan al capitalismo, en el cual ha de ser incluido el llamado neocapitalismo que no es sino su expresión contemporánea. El denominado tercermundismo es tan materialista y ateo como el capitalismo y el comunismo marxista-leninista. Dentro de ese tercer sector queda involucrado, salvo raras excepciones, el militarismo tecnocrático que estudiamos en Homocracia.* Quien adora la materia y sus supremos símbolos modernos, el dinero y la máquina, o cualesquiera de las dos, no venera a Dios aunque afirma que lo adora. El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) condenó en

* “Homocracia”, *ob. cit.*, p. 202/223.

Lima en Marzo de 1974 tanto el capitalismo como el neocapitalismo y el comunismo. También condenó implícitamente todo gobierno dictatorial, incluso el militarismo tecnocrático, al expresar que el cristianismo lucha por “preservar la dignidad del hombre, su libertad de participación, la realización plena de la criatura humana y la salvaguarda de sus derechos”. Homocracia suma a esa lucha el deber de participación activa y permanente del hombre en la decisión de su destino y el cumplimiento de sus obligaciones particulares y sociales. No hay derecho sin deber.

Afirma Vallois que el conocimiento del “porqué” evolutivo del hombre es el problema fundamental de la hominización, proceso que preferimos llamar de homonización para no limitarlo al aspecto del hombre conjunto que sugiere el elemento “homini”, proceso que en política llamamos de homocratización. Con esta salvedad, compartimos la afirmación de Vallois.

Según sea el “porqué”, serán el “como” y el “para qué”. A fin de imponer su propio “para qué” —el dominio del mundo— los dirigentes del materialismo ateo despojan al “como” (la ciencia y la técnica) de toda posibilidad de determinar o de concurrir al menos a la determinación del “porqué” y el “para qué”, y luego de rechazar la explicación religiosa de la formación del universo (la causa última) y con la de éste la de la vida y el hombre, y la explicación filosófica del ser y con la de éste también la de la vida y el hombre, confían a la materia o mejor dicho a sus cultores, la determinación tanto del “porqué” como del “para qué”. Lo realmente importante para los dirigentes del materialismo es, a la postre, el “para qué”, que será determinado por su propia cosmovisión y, naturalmente, en su provecho exclusivo. El “para qué” último del materialismo es la destrucción del hombre como hombre. Un héroe de la mecánica lo denunció sin rodeos. En su testamento, Carlos Lindbergh nos dejó esta amonestación: “La mecánica y la velocidad son falsos dioses; a fuerza de adorarlos, terminarán por destruirnos”.

Antípoda de la concepción materialista y atea es la concepción homocrática del mundo, la vida y el hombre. Partiendo de la creación —obra del Creador—, determina tanto el “como” cuanto el “para qué”, cuyo sentido quedó aclarado al referirnos al espíritu del hombre y su universo propio: la cultura. El “porqué” de la concepción homocrática esclarece el “como” y el “para qué” de todas las esferas culturales y todas las creaciones particulares del hombre. Entre esas esferas está comprendida la científico-técnica; dentro de esta esfera particular hállanse contenidas todas y cada una de sus ramas, la política entre ellas; a su vez, dentro de la política encuéntrase involucradas todas y cada una de sus teorías y sus realizaciones.

La especial mención que hacemos de la política obedece al hecho de ser la

más importante de todas las ciencias. Teóricamente, el materialismo histórico niega esta máxima importancia al subordinar la política a la economía —ciencia de las cosas materiales— por causa del carácter esencialmente espiritual de la primera, y de hecho hacen lo mismo el capitalismo y demás formas materialistas de la sociedad y el Estado al supeditarla a la economía —dinero, industria, tecnología, mercado, dividiendo—, mas en la práctica todos ellos reconocen la supremacía de la política en virtud de su carácter de ciencia, arte y técnica del gobierno de las naciones y del conjunto de éstas, o sea, del gobierno del mundo.

La política es una de las ciencias que concurren a la fijación del "para qué". No es la única; también lo hacen la educación, el derecho, la economía misma, etc. Fácilmente se advierte que a ella le está reservada la última palabra, la palabra decisoria, la que en definitiva determinará la suerte del hombre particular y conjunto (pueblos y humanidad); en síntesis, su salvación o su destrucción.

No entraremos aquí al examen particular de su consumo por corresponder a otro de los institutos homocráticos capitales —el específicamente político—; solamente estamos destacando su condición de ciencia rectora, su importancia cardinal, su influencia decisiva sobre la vida humana, sobre la subsistencia de la especie y sobre el perfeccionamiento del ser humano.

La máquina, luego la automatización y últimamente la cibernética abrieron al hombre un horizonte de libertad que progresivamente deberá ensancharse, constituyendo uno de los beneficios más amplios y fecundos que las ciencias y las técnicas de la materia proporcionarán al hombre, con la condición de que sea rectamente aprovechado en bien de la armonía corpóreo-espiritual y el cultivo equilibrado de ambos términos. Carecería de sentido preservar y prolongar la vida humana a fin de que fuera vivida como la del animal o el vegetal o de otra manera, destruida. Condenar al hombre a vivir la vida del animal o el vegetal es destruir la vida humana. En unión con las demás ciencias y técnicas, y las otras formas del arte, y a la luz del "porqué" suministrado por la religión, y la filosofía, vigorizada por su propia luz, la política deberá señalar el "para qué" salvador del hombre y realizador de la persona humana, negado por los dirigentes del materialismo ateo.

CIENCIA Y TÉCNICA EN AMÉRICA

Tócanos ahora considerar la otra faz señalada al iniciar este capítulo final: la respuesta americana a la cuestión del "para qué" de la ciencia y la técnica.

La inmensidad del tema imposibilita su análisis exhaustivo. Abarca tan numerosos, vastos y complejos campos y aspectos, que su examen equivaldría a hacer una historia prácticamente total de la vida americana desde su nacimiento —no ha de olvidarse que para nosotros América nace con el descubrimiento y la conquista por el europeo— y aún antes, un estudio completo de su realidad actual y una programación o al menos una prospección más o menos cabal de su futuro, puesto que no hay faceta alguna de su pasado, su presente y su porvenir, tal como éste puede ser hoy imaginado, que no muestre estrechas e importantes conexiones con la ciencia y la técnica.

Esto es así por el carácter integral de la vida humana, en nuestro caso la vida del hombre americano. Esa integralidad comprende la del hombre conjunto: los pueblos y naciones del continente y éste mismo como unidad humana dentro del contexto universal. A su vez, este contexto incluye los dos universos que componen la realidad terrestre o, si se prefiere así, los dos lados o caras de un solo y único universo. Dualismo y monismo son dos puntos de vista que no han de oponerse sino complementarse para obtener una visión integral del universo.

Tal integralidad es la de la realidad misma, a la que no hace sino reconocer la concepción del hombre, que hemos adoptado, y alumbra la totalidad de la teoría homocrática, de la que el instituto científico-técnico que desenvuelve este trabajo, según lo tenemos advertido, es una de sus partes, y también es reconocida por la concepción de la cultura como universo específico del hombre que igualmente hemos hecho nuestro, universo en el que sus diversas esferas, según asimismo lo tenemos expuesto, se encuentran íntimamente enlazadas entre sí, concurriendo todas ellas a componer y ofrecer una sola y única respuesta a la pregunta del "para qué" de la existencia humana. No para aquí la cuestión: tanto la vida real del hombre como la cultura creada por él se insertan en el medio físico en que una y otra nacen y se desarrollan, de donde ha de concluirse que tampoco hay aspecto alguno de la naturaleza material que escape al interés de la ciencia y de la técnica. Esta observación se suma a las anteriores para comprobar la imposibilidad, máxime dentro del reducido espacio que podemos conceder aquí al asunto, de llevar a cabo un reconocimiento íntegro del mismo.